

LA CASA DE LA RISA

serie

ABRAZO
DE LETRAS

Doce historias para reír

Franco Vaccarini



ilustraciones / Inaki Echeverría

EDITORIAL
**Hola
Chicos**

Franco Vaccarini

LA CASA DE LA RISA

Doce historias para reír



ABRAZO
DE LETRAS

Índice

El sombrero y la comadreja	5
La princesa que volvía temprano	10
De por qué la señora Colette tenía canas verdes	14
El ruido no puede dormir	24
La araña de todas partes	29
Ser payaso es algo muy serio	32
El gallo gigante	58
La duda del pequeño camello	61
Una sombra pasó	64
El poeta y la polilla del saco azul	75
René Morsa en Mar del Tuyú	81
El intruso de la siesta	89

El sombrero y la comadreja

Cuando nos íbamos de vacaciones a la casa de campo, me gustaba dar paseos por el monte. Había nidos de pájaros en los eucaliptos, una avenida de nogales y muchas nueces en el suelo.

Sentí un olor en el aire, que ya había sentido el verano anterior: olor a comadreja. Las comadrejas se esconden en los huecos de los troncos, bien alto. Así se sienten seguras. A la noche les encanta comer los huevos de las gallinas. Pero como allí no teníamos gallinas, porque nadie las podía cuidar, irían a buscar nidos en casas vecinas. También comerían huevos de pájaros y quién sabe qué otras cosas. A las comadrejas no las quiere nadie. Entre ellas se deben querer.

En un paseo encontré un sombrero, entre hojas secas y ramas caídas. Era un hermoso sombrero de cuero, teñido de blanco: me quedaba un poco grande. ¿A quién se le habría caído?



No sé por qué me asusté. Será porque justo se movieron las copas de los árboles, y el viento se convirtió en algo parecido a una voz; a una voz más bien misteriosa, que susurraba mensajes extraños. Será que tener mucha imaginación y ser asustadizo da siempre un resultado: miedo.

Creí ver, entre los arbustos, unos ojos amarillos que me acechaban. Me había desacostumbrado a los ruidos del campo, y me estaba por agarrar un ataque de correr. Un ataque de correr de miedo. Aunque ustedes no lo puedan creer, llegué a la conclusión de que aquel sombrero perdido era el sombrero de un fantasma. ¡El fantasma había perdido su sombrero de cuero teñido de blanco! ¿Qué duda podía haber? Bueno, podrían haber muchas, muchas dudas, pero a mí, en ese momento, no me cabía ninguna. Me espanté de mí mismo: llevaba en mi cabeza el sombrero de un muerto. Me lo saqué y lo arrojé muy lejos. Bah... lo más lejos que pude. Dos o tres metros, detrás de unos arbustos.

En ese momento, vi a una chica en el campo vecino, detrás de un alambrado, a veinte pasos.

—¡Hola! ¿No viste un sombrero blanco? Es de mi papá, pero lo uso yo casi todo el tiempo. Y hace un rato, un remolino de viento me lo llevó.

¡Qué tonto había sido yo!

La chica era de mi edad. Era preciosa. Le dije que me esperara, que lo había visto detrás de un arbusto. Cuando volví con el sombrero, ella ya no estaba. ¡Ay! ¿Cómo que no estaba? Entonces, temblé. El frío venía de mi espalda, de mi nuca. El frío del miedo. Acaso había estado hablando con una fantasma. La chica fantasma. La vecina fantasma. Solté el sombrero como si tuviera babosas, y el viento lo arrastró, a los tumbos. En ese momento, la chica volvió a aparecer. Al ver mi cara, le dio un ataque de risa y enseguida se disculpó.

Se había escondido a propósito.

—No te enojas, era solo una broma porque te vi cara de susto... ¿Sos de la ciudad, no? Los chicos de la ciudad se impresionan mucho en el campo. Pero es verdad que el sombrero es de mi papá, muchas gracias, en serio.

Ella misma tomó el sombrero y me propuso algo —inspirado en mi cara de miedo—: contarnos cuentos de fantasmas.

—Yo sé uno —le dije.

—Dale, empezá.

Nos sentamos en el suelo, con las espaldas apoyadas en el tronco de un ombú. Y le conté:

“Había una vez, una chica que buscaba el sombrero que su papá había perdido. El sombrero blanco de su

papá. Entonces, vio a un chico, el chico que, oh casualidad, acababa de ver al sombrero blanco de su papá, el mismo que había perdido. Así que la nena le pidió que se lo diese, el chico le pidió que la esperase y la chica aprovechó para esconderse. Así, pensaba, que el chico se asustaría. El chico se asustó un poco, y la chica se rio y luego pidió disculpas. Propuso que se acomodaran junto al tronco del ombú, para contarse historias de fantasmas. Lo que la chica no sabía era...”

Como me callé la boca, ella me preguntó, ansiosa:

—¿Qué? ¿Qué era?

—No puedo seguir —le dije—. Te daría mucho miedo. Te haría llorar de miedo.

—Ay, no seas tonto, ya me da miedo. ¡Pero decímelo!

—La chica no sabía que atrás de ella, justo atrás de ella... —le dije, con una voz lenta y casi como en un susurro.

—¿Qué, nene? ¡Dale, decilo!

—... había una comadreja.

Y la chica del sombrero blanco dio un salto, gritó, miró atrás y después se llevó la mano a la boca y después se rio conmigo. Así comenzamos a ser amigos con Vera. Y a lo mejor algún día nos casemos, qué sé yo.

* * *